dijeron los principales que presentes se hallaron ¿qué han estos pobres miserables, que tantas voces están dando? Sépase dellos si tienen hambre, o deben de ser enfermos, o están locos, dejadlos vocear que les debe haber tomado su mal de locura, pásenlo como pudieren y no les hagan mal, que al fin y al cabo habrán de venir a morir de ello. Y mirad si habéis notado cómo a mediodía y a media noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran; sin duda es grande su mal porque no buscan placer sino tristeza. Pero aunque decían esto de este venerable religioso y de todos los demás, por no entenderlos, al fin tocaba Dios los corazones de muchos que se convertían y recibían el agua del baptismo.

CAPÍTULO XIV. *Del grande trabajo que estos apostólicos padres pasaron a los principios, por no saber la lengua de los indios, y de los medios que tomaron para aprenderla; y del modo que tuvieron de enseñar la doctrina*

EMÁS DEL EJERCICIO EN QUE ESTOS CUIDADOSOS religiosos se ocupaban, de enseñar a los niños en las escuelas, porque también los adultos comenzasen a tomar de coro los primeros rudimentos de la cristiandad, hicieron con los principales que por sus barrios o parroquias viniesen y se juntasen hombres y mujeres en patios grandes que tenían junto a las casas donde se habían aposentado. Y así lo cumplían porque, en cuanto a lo que era exterior, no querían desagradar al gobernador Cortés, faltando en lo que les tenía mandado. Pero como carecían de lenguaje, hacíanles decir las oraciones en latín, respondiendo a los que se las enseñaban que eran a veces los mismos religiosos, y a veces los niños, sus discípulos, que luego, con mucha facilidad, las aprendieron (como vivos que son de ingenio y hábiles para cualquier cosa que les muestran y enseñan).

Era esta doctrina de muy poco fruto, pues ni los indios entendían lo que se les decía en latín, ni cesaban sus idolatrías, ni podían los frailes reprehendérselas, ni poner los medios que convenían para quitárselas, por no saber su lengua. Esto les tenía muy desconsolados y afligidos en aquellos principios, y no sabían que hacerse. Porque aunque deseaban y procuraban de aprender la lengua, no había quien se la enseñase; y los indios, con la mucha reverencia que les tenían, no les osaban hablar palabra (que esto mismo acostumbraban con los sátrapas infernales de sus delubros o templos).

En esta necesidad (así como solían en las demás) aducieron a la fuente de bondad y misericordia, nuestro señor Dios, aumentando la oración, e interponiendo ayunos y sufragios, invocando la intercesión de la sagrada virgen madre de Dios y de los santos ángeles, cuyos muy devotos eran, y la de nuestro padre San Francisco; y para conseguir su intento tomaron por devoto especial al gloriosísimo arcángel San Miguel, al cual cantaban

los lunes de todas las semanas del año una misa. Y de aquí ha quedado la costumbre en esta santa provincia del Santo Evangelio, la conmemoración y memoria que se hace a las completas, con la oración y verso de los ángeles.

Hechas estas santas y humildes prevenciones, clamando a Dios continuamente, les acudió, como refugio que es de los atribulados y verdadero remedio en las tribulaciones, poniéndoles en su corazón que con los niños que tenían por discípulos se volviesen niños, como ellos, para participar de su lengua y con ella obrar la conversión de aquella gente pequeñuela, en sinceridad y simplicidad de niños. Y así fue que dejando a ratos la gravedad y autoridad de sus personas se ponían a jugar con ellos con pajuelas o pedrezuelas, los ratillos que tenían de descanso; y esto hacían para quitarles el empacho con la comunicación; y traían siempre papel y tinta en las manos y en oyendo el vocablo, al indio lo escribían, y al propósito que lo dijo. A la tarde juntábanse los religiosos y comunicaban los unos a los otros sus escritos, y lo mejor que podían conformaban a aquellos vocablos el romance que les parecía convenir. Y acontecióles que lo que hoy les parecía que habían entendido, mañana les parecía no ser así.

Bien pudiera Dios dar lengua a estos ministros, sin estos medios tan ásperos y penosos, como la dio a sus apóstoles en la fundación y principio de la Iglesia; porque como pudo entonces, pudo ahora; pero quiso Dios probarlos con esta tentación, no porque Dios sea tentador, sino porque estos sus siervos, mientras más se hallasen apartados de sus deseos, tanto más se llegasen a Él, por oración y lágrimas, para que aquella victoria fuese a sólo Él atribuida y no a la industria de los hombres. Y ya que por algunos días fueron probados en este trabajo, quiso Nuestro Señor consolar a sus siervos por dos vías.

Una dellas fue que algunos de los niños mayorcillos que enseñaban, los vinieron a entender bien lo que decían; y como vieron el deseo que los frailes tenían de deprender su lengua, no sólo les enmendaban lo que erraban, mas también les hacían muchas preguntas, que fue sumo contento para ellos. La segunda fue que una buena mujer española y viuda, tenía dos hijos chiquitos, los cuales, tratando con los indios, habían deprendido su lengua y la hablaban bien; sabiendo esto los religiosos pidieron al gobernador don Fernando Cortés que les hiciese dar el uno de aquellos niños; y, por intercesión y ruego suyo, holgó aquella dueña honrada de darles, con toda buena voluntad, el uno de sus dos hijos, el cual se llamaba Alonso.

Éste fue otro Samuel, ofrecido a Dios en el templo, que desde su niñez le sirvió y trabajó felicísimamente, sin volver a la casa de su madre, ni tener cuidado de ella. Sólo cuidaba de lo que le mandaban los ministros de Dios, haciendo desde niño vida de viejo. Tenía su celda con los frailes, comía con ellos y leíales a la mesa, y en todo iba siguiendo sus pisadas. Éste fue el primero, que sirviendo de intérprete a los frailes, dio a entender a los indios los misterios de nuestra fe y fue maestro de los predicadores del evangelio, porque él les enseñó la lengua, llevándolo de un pueblo a

otro, donde moraban los religiosos, porque todos participasen de su ayuda. Cuando tuvo edad tomó el hábito de la orden y en ella trabajó hasta la última vejez, con el ejemplo y doctrina que se verá en el tratado de los *Ilustres varones*, libro último de esta historia, tratando de su vida: llamóse después fray Alonso de Molina.

CAPÍTULO XV. *De cómo esta conversión de los indios fue obrada por medio de niños, conforme al talento que Dios les comunicó, y de cómo los religiosos se mostraron niños con los niños*

UESTRO OMNIPOTENTÍSIMO DIOS (cuyas obras son en sí maravillosas) siempre tuvo por estilo de engrandecer en el mundo las cosas humildes y pequeñas, y abatir las altas y soberbias; y las misericordias y grandezas que por su infinita bondad ha querido mostrar a los hombres, siempre las obra por instrumentos bajos y humildes y de poca estimación, cuanto al parecer del mundo.[1] Quiso redimir a su pueblo de Israel y sacarlo de la opresión de Egipto; llama a Moysén de las partes del desierto, que si notamos la disposición que en él había, para caso tan eminente y grave, veremos que en la ocasión que fue llamado era pastor que guardaba las ovejas de su suegro Ietro, hombre que vagueaba solo y sin compañía, por los desiertos y tierras solitarias, con ovejas y cabras, hombre fugitivo y ahuyentado de su pueblo, con el temor que cobró, de que había de ser acusado ante el rey por homicida, balbuciente y tardo de lengua; y a éste, con estas desemejantes condiciones, lo elige por Dios de Faraón; para mostrar al mundo su omnipotencia y que su poder era sueño y no poderío, pues un hombre tan desigual a su grandeza, lo vencía en todo. Para quitar la vida al filisteo Jayán, soberbio y arrogante, y que hacía temblar todos los ejércitos de Israel, y que su rey, con ser tan grande y corpulento, que dice la Sagrada Escritura que cuando fue electo parecía sobre todas las cabezas de todos, siendo más alto que ellos, no osaba acometerle, resucita Dios en medio destos temores el ánimo de David, no el mayor de los hijos de Ysay, no el que tenían por más hombre, de ocho que eran, sino al menor de todos, el de menos cuenta, y que por menos estimado guardaba ovejas, a éste saca de este ejercicio humilde y lo pone de pies, sobre el pecho altivo de su enemigo y contrario, y saca a su pueblo con la victoria que dudaban. ¿Qué cosa más abatida y más menospreciada y tenida en poco hubo en el mundo, que la sacratísima humanidad de nuestro redemptor Jesucristo, acoceada, abofeteada, escupida y en mil modos escarnecida, por cuyo medio obró Dios la redempción del género humano? La cosa más grandiosa y preciada, que en el mundo se ha hecho, poniendo Dios la satisfación de su honra en las afrentas y escarnios que esta humanidad santa en sí sufrió,

[1] Exod. 3.